

TORREMOLINOS "LE JOUR"

LUEVE hoy en la Costa del Sol. No obstante, vivir al sol de la costa continúa siendo un negocio rentable para buen porcentaje de ciudadanos nacionales y extranjeros, inversores avispados que, por el momento, no han cuestionado la veracidad del «slogan» inmobiliario: «The sun is money», y emprenden, una vez más y con renovados bríos, el camino de la especulación a todos los niveles, del encarecimiento constante y desorbitado, en directa proporción a su proximidad con el mar, del suelo urbanizado o por urbanizar, de la descarada manipulación en los precios, siempre en línea ascendente, de todos aquellos artículos sometidos a una demanda, más o menos colectiva, turística y fluctuante, aunque, para ser exactos, menos fluctuante aquí, en Torremolinos, que en otras zonas de la costa. Rara es la vez que el sol se pone en Torremolinos. El sol que limpia, pule y da esplendor a un capitalismo voraz, con poca o ninguna noción de la función social que según nuestras leyes fundamentales le ha sido encomendada, con poco o ningún interés en la promoción real de una masa de asalariados que hoy como ayer, salvo en contadas excepciones, se ven obligados a elegir entre los sueldos típicos y tópicos o el penoso viaje hacia otras regiones, más afortunadas, dentro o fuera de la península.

Pero, ¡basta de tristezas! ¡Basta ya de remontar por enésima vez la archiconocida historia del subdesarrollo andaluz! ¡He aquí la realidad brillante de los suntuosos dorados en los botones de los conserjes, el esparanglis chispeante de los camareros de turno, la arrogancia congénita de los apuestos «latin lovers», jóvenes gallardos bronceados por el vibrante sol mediterráneo! He aquí el milagro de la reconversión casi íntegra de un pueblo, al menos de la población que bordea la franja costera, asentada en pueblos de nombres tan sugestivos como Coin, Casares, Alhaurín el Grande, Alhaurín de la Torre, etcétera, transvasados por obra y gracia del milagro turístico desde la servidumbre semifeudal y agraria a las áreas sugestivas del consumo, con innegables posibilidades de encontrar un puesto de trabajo acorde con sus capacidades y conocimientos. Nadie pone en duda por estos pagos costasoleños que a cualquier ciudadano le es permitido ser camarero de restaurante, camarero de hotel e incluso camarero de «chiringuito» en la playa, libertades reales que, seguramente impulsados por la perentoria necesidad de ejercerlas, todos se afanan en conocer de un modo práctico. Esto sin contar con los puestos de peón de albañil,

vendedor de lotería, vendedor de pipas, de collares, de «souvenirs», fabricante de botijos y toda una amplia gama de la teoría de la mano de obra especializada «a la española», cuya existencia puede comprobarse a sólo poco más de media hora de vuelo de avión, partiendo de Madrid y recorriendo sin prisas las calles entrañables y bulliciosas de la deliciosa capital de la Costa del Sol, Málaga, y del no menos inefable Torremolinos.

Todo ello, bajo la mirada indiferente de una masa de aburridos ciudadanos europeos, con-casi-todos-los-problemas-resueltos, excepto tal vez el del ocio, en cuya resolución trabajan eminentes especialistas, lo que hace pensar que muy pronto podrán incluirse entre los de solución satisfactoria, para mayor tranquilidad y menores inquietudes, si las hubiera, del ciudadano-robot. Así que el paraíso se encuentra aquí, y ahora, mientras los más viejos del lugar se hacen lenguas de lo que cambian los tiempos, de que «j'ambre, lo que se dice j'ambre, la pasan hoy día sólo los que quieren pasarla» —naturalmente, la creciente eficacia de la RENFE ha contribuido a paliar las necesidades de conjunto—, y mientras que algunos, muy pocos, sienten en su carne cifras antiguas, que situaban la emigración andaluz-oriental en los años comprendidos entre 1961-64 en un total de 596.444 personas, y el informe FOESSA señalaba que entre el «20 por 100 de españoles que nada tienen en números absolutos, la mayoría corresponde a las regiones agrícolas del sur: 450.000 hogares en la extremeña andaluza y 330.000 en la sureste», en tanto que, con fecha reciente de 23 de octubre de 1972, un diario madrileño de la tarde, «Pueblo» concretamente, a la vez que anunciaba urgentes medidas gubernamentales encaminadas a una mejoría de la situación, recogía diversos párrafos de un reciente estudio del Consejo Económico-Social Sindical, en el que, entre otras cosas, se patentizaba que el «crecimiento de la zona ofrece unos niveles inferiores a la media nacional y que el capitalista andaluz ha preferido invertir los beneficios de sus explotaciones agrícolas en industrias de zonas más desarrolladas del país».

Antonio Vargas Heredia no tiene vara de mimbre

«Ar mar tiempo, güena cara», se dice Antonio Vargas Heredia, que no es hijo ni nieto de Camborios, ni tiene vara de mimbre, ni ha ido a Sevilla a ver los toros, cuando regresa a su chabola, próxima a una de las zonas «nobles» de To-



Los contrastes y las contradicciones de un desarrollo turístico, confiado casi por entero a la iniciativa privada: chabolas y apartamentos de lujo, bajo el mismo sol, aunque a la sombra de diferentes beneficios.



¿Los beneficios que producen las instalaciones hoteleras de Torremolinos no podrían, escolar que, a sólo veinte metros de la playa, es muestra de

remolinos, La Carihuela, con todo el colorido que le confiere el haber sido, y ser todavía de alguna manera, pueblo típico de pescadores y donde por fortuna, según reza la fraseología publicitaria, es posible contemplar en su pureza la «auténtica vida» del país: casitas blancas de diminuto espacio, donde las lluvias, cuando llegan, filtran sin piedad la débil constitución de las paredes. Casitas «luminosas», donde en apenas una veintena de

sombrios metros cuadrados se apían los sudores, las frustraciones y los frutos de dos o más generaciones, siempre con la esperanza de que una inmobiliaria se decida a pagar los precios que ellas mismas, con anterioridad, encarecieron, y que de esta manera, al correr de los años, se han vuelto en su contra, bien que los buenos negocios, los suculentos negocios de los millonarios márgenes de beneficio ya fueron realizados.



La Carihuela: un cerco inexorable de grandes edificios va rompiendo progresivamente la armonía del único barrio que aún conserva cierto tiplismo en Torremolinos.



quiera en una mínima parte, revertir en la conservación y mejora del viejo grupo frente del desinterés por lo cultural que caracteriza a la zona?

Antonio Vargas Heredia, a sus treinta y seis años, tiene «parienta» —¡claro que nadie le mandó casarse!— y cuatro hijos (por supuesto que también pudo haber renunciado a la paternidad). De chiquillo anduvo tocando las palmas por los bares, para que los señoritos le soltaran el «pamé», y luego, cuando el cuerpo se le puso de hombre y la sonrisa se le hizo más cicatera, anduvo en lo de la venta de pedazos de cal a lomos de un bo-

rrico. Después, como los chavales pedían más y más, terminó aceptando un empleo de carácter más regular, para seguir sirviendo, claro, aunque esta vez con chaquetilla y todo. Copa viene y cerveza va. Una de chanquetes y otra de boquerones. Alegría de la tierra, señores. El sueldo, mínimo; aunque con el bote se saquen unas perras en la temporada alta. ¿Y durante el invierno? ¡Ahí está el problema! Durante el invierno, como dice Anto-

nio, «puerta». Puerta, García y Mondeño, afirma con su miaja de cachondeo a cuestas. Y quiere decir que no es oro todo lo que reluce, y que a partir de octubre todas las empresas reducen personal, y los solteros, por ejemplo, que andan con más tranquilidad por el mundo, se marchan a Canarias, y los hay incluso que visitan en sus países de procedencia al amor apasionado de junio, julio o agosto. «Sí, hombre, la rubia aquella inglesa... ¿Que Estocolmo no está en Inglaterra?, bueno, pues extranjera, como «toas», una tía «colorá» como un salmonete y con muchas ganas ya sabe usted de qué». Eso, los jóvenes. Y no todos, claro.

Porque Torremolinos ha sido un gran negocio. Y posiblemente lo sea en la actualidad para los poderosos, para los mayoristas, que o bien construyen sus propias plazas hoteleras o bien contratan a la pequeña o mediana industria turística las camas disponibles a un precio ridículamente bajo —a cien y ciento veinticinco pesetas la cama, en primera línea de playa y en zona residencial—, que el hotelero se ve obligado a aceptar en vista de que el turismo viene canalizado por las grandes agencias y corre el riesgo, si no pasa por el aro, de quedarse compuesto y sin novia, como Antonio Vargas Heredia comenta socarronamente.

—Esto es lo más grande del mundo, mire usted. El sol, el trabajo y todo lo demás lo ponemos noso-

tros. Y el dinero, en ocasiones ni llega a España, y otras veces, incluso en España, va a parar a bolsillos extranjeros...

Desde luego, no le falta razón al hombre. Porque las plazas hoteleras, a través de los grandes intermediarios, se venden en los países de origen, es decir: en los centros emisores de turismo, y se pagan allí, con lo cual allí permanece la parte sustanciosa del beneficio. Eso sin contar con que el amparo de las ventajosas leyes españolas sobre inversión del capital extranjero, las increíbles facilidades, etc., las puertas para el colonialismo económico están abiertas de par en par. Y, ¿por qué no iba a suceder en este sector de la actividad nacional, boyante, relumbrón y propicio a las fáciles e inmediatas ganancias, como en los restantes? Sigamos con La Carihuela como zona altamente representativa: de un total de 30 bares y restaurantes, que viven fundamentalmente del turismo, 15 pertenecen a extranjeros, encontrándose la propiedad de los restantes repartida entre españoles que sólo en parte son naturales de la región. Eso sí, la venta de pipas, caramelos, claveles e incluso la fotografía ambulante corren a cargo de —también, incluso aquí, con alguna que otra excepción— malagueños y malagueñas, en la mayoría de las ocasiones. Y otro tanto sucede con las y los vende-

TORREMOLINOS 'LE JOUR'

«La esperanza es lo último que se pierde»

dores de encajes, los propietarios de «chambaos» desmontables en las playas y, en fin, los encargados de las tumbonas que, amén de quejarse del excesivo encarecimiento de las playas, el municipio concede en arrendamiento anual, comentan, durante el mes de mayo, como hicieron en el pasado y posiblemente harán en el futuro, la escasez de turistas a pesar de que el sol luce, por lo regular, en lo alto y la ya definitiva mixtificación del flamenco sigue poniendo al alcance de cualquiera la posibilidad de golpear una palma de la mano contra la otra y entonar, con mejor o peor fortuna, uno de los himnos clave de la ramplonería nacional: el «Pompompero».

«Mis hijos, también camareros»

«Eso es lo más probable, mire usted, porque, a ver, ¿qué otra cosa va a hacer uno? Se gana para ir tirando, sólo ir tirando, y además, cuando los hijos están medio criados, pues la parienta puede echar una mano, puede trabajar de camarera en cualquier hotel, camarera de pisos, para hacer la limpieza y traerse a casa cinco o seis mil pesetas, que siempre vienen de primera».

Los hijos de Antonio Vargas se van a criar en la calle hasta que tengan la edad de asistir al desvencijado colegio nacional. Como muchos otros. Porque en la zona de los grandes hoteles, de los miles de apartamentos, de las discotecas con los últimos adelantos electrónicos, resulta que sólo funciona una guardería, atendida por religiosas, a precios asequibles. El resto, totalmente privadas, a precios turísticos: seis mil pesetas mensuales por atender un niño, durante el día, de dos a seis años, y las hay más caras, por supuesto.

«Aquí, ya lo está usted viendo, se vive exclusivamente del turismo. Y lo que uno se pregunta es: ¿qué va a pasar si algún día, por cualquier circunstancia, los extranjeros dejan de venir? ¿Qué hacemos entonces? ¿Nos comemos los apartamentos, los bares, los restaurantes, las tiendas de objetos típicos?».

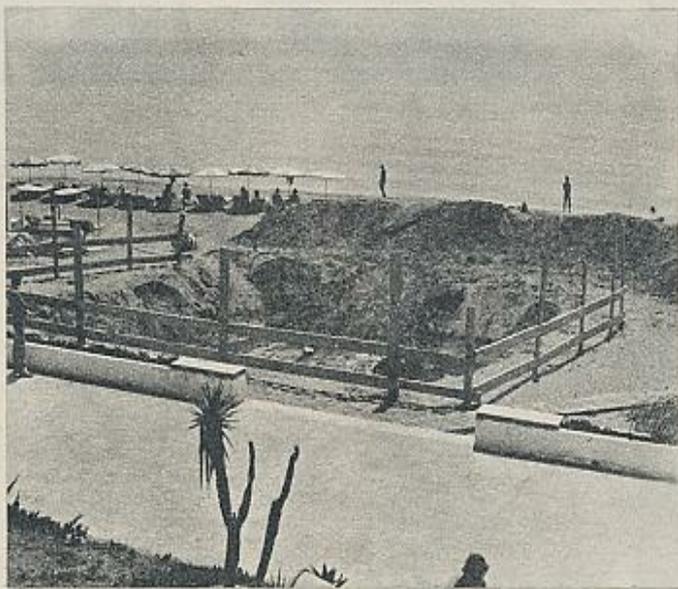
Claro que, según todas las previsiones, el turismo, los desplazamientos individuales o colectivos, se irán incrementando con el tiempo, porque en definitiva obedecen a necesidades —cambio, conocimiento— profundamente arraigadas en el ser humano. De otro lado, las fuertes inversiones de los grandes «trusts» turísticos se encargan de canalizar las corrientes afluentes de la demanda hacia los lugares en que previamente han creado una estructura adecuada de servicios, que proporcionarán la rentabilidad prevista sólo a partir de la existencia de un fuerte contingente de usuarios. Ahora bien, esta rentabilidad, para que resulte lo suficientemente atractiva y, de modo especial, continuada, tiene forzosamente que

sustentarse en unos precios altamente competitivos de los servicios, lo que lleva implícito sueldos bajos, plusvalías convincentes y, como secuela o punto de partida inevitable, mano de obra barata de escasa o nula formación profesional. (El Informe FOESSA sobre la situación social de España, año 1970, indicaba con rotunda claridad que las cuatro provincias orientales andaluzas se encuentran situadas en el estrato correspondiente al nivel preindustrial, es decir, en el último escalón socioeconómico.)

Por otra parte, la anarquía en la distribución de volúmenes, la escasa o nula previsión urbanística (no existe una sola zona verde en el área de Torremolinos que merezca el calificativo de parque público), la persistencia de ciertos problemas sin resolver de carácter elemental, como, por ejemplo, una convincente y efectiva eliminación de las aguas residuales, etc., han ido deteriorando progresivamente el

problema de conseguir estancias prolongadas y, sobre todo, al nivel actual de desarrollo de la oferta en la zona, potenciar y desarrollar al máximo unos atractivos que hagan posible y fijen realmente el deseado turismo (invernal), han ido creando, decíamos, una psicosis de aburrimiento —«Costa del Aburrimiento», según los titulares de algunos periódicos alemanes—, hasta el punto de que en fecha reciente se celebró una reunión de los alcaldes de Ayuntamientos de todas las localidades de la Costa del Sol con significación turística, encaminada al planteamiento y posible solución de este problema.

La ausencia de una programación continuada y coherente, en la que se aborden desde las competiciones deportivas de interés hasta las manifestaciones culturales a todos los niveles (teatro, folklore, Festival Internacional del Libro, salas de proyección, etc.), indican bien a las



La ausencia de una planificación coherente lleva a situaciones como ésta: en plena temporada turística, y en el paseo marítimo de La Carlhueta, de recentísima construcción, es preciso reanudar las obras, porque alguien olvidó la necesidad de instalar las correspondientes conducciones de agua y evacuación.

medio ambiente hasta producir un problema real de sociedad en las playas —continuo motivo de quejas para los turistas— y una evidente falta de calidad, a todos los niveles, en el espacio habitable, donde se hermanan con la mayor facilidad la monstruosa urbanización habitual, verdadero atentado contra lo que debieran ser tipos de construcción costero-mediterránea, con la calle sin asfaltar y las bandas de perros callejeros ausentes de control.

Esta progresiva degradación del medio, unida a la falta de alicientes climatológicos (ya sabemos que el sol atrae como razón prima-

claras la falta de una política seria y previsoras en este sentido. Parece evidente, por otra parte, que el Festival Internacional de Cine de Benalmádena, que, en principio, supone una interesante iniciativa, al margen de cualquier discusión sobre sus resultados, no es suficiente como para concluir el capítulo de realizaciones, máxime teniendo en cuenta la existencia de un apabullante y lujoso Palacio de Exposiciones y Congresos, cuya rentabilidad social podría resultar altamente convincente utilizado en la plenitud de unas posibilidades que su inactividad, prácticamente absoluta, parece casi a gritos sugerir.

«Pero, mire usted, a pesar de todos los problemas, y a falta de otras posibilidades, pues bien venido sean los turistas que han hecho que el dinero circule un poco por estas tierras. Usted me entiende, la esperanza es lo último que se pierde, y por lo menos en verano, con el calor y los cientos de miles de personas, y la alegría, aunque muchas veces sea de encargo, pues se va uno olvidando de las penas».

Torremolinos, alegre, bullicioso, paranoico, cosmopolita, a medio camino entre el «snobismo» de Marbella y lo racialmente pueblerino de Fuengirola. Torremolinos, mundo y mundo, según rezan los consabidos cartelitos en el cristal trasero de los automóviles. El refugio de muchos perdedores, el punto de partida de muchas fortunas. Con la personalidad inconfundible de todo lugar cálido. A medio camino también del colapso por exceso y del colapso por defecto. Con menos suecas de las que algunos quisieran y muchas más de las que otros imaginan. Con «historias» recientes y antiguas para dar y repartir. Escaparate vivo, verídico y ejemplar de las contradicciones y de las incoherencias de un desarrollo unidireccional, en manos casi exclusiva de la iniciativa privada, atiende, dentro de las más pura lógica capitalista, al lucro inmediato, con escasa o ninguna consideración hacia los verdaderos intereses, a medio y especialmente largo plazo, de la colectividad, cuyo esfuerzo laboral utiliza y de la zona que tan pingües utilidades le reporta.

La nueva Universidad de Málaga, la progresiva toma de conciencia de amplios estratos sociales, la certidumbre de que aun cuando las inversiones en el sector terciario o de servicios produzcan a la corta resultados espectaculares, no pueden sustituir con carácter indefinido a los imprescindibles esfuerzos dentro de los sectores industrial o agrario, y, en especial, la decidida voluntad del pueblo andaluz por superar una situación que, a pesar de la bondad de las apariencias, no ha sido capaz de elevar el nivel de renta «per cápita» de las ocho provincias andaluzas, siquiera al ritmo de desarrollo del nivel nacional (por el contrario, la distancia es cada vez mayor: pues si en 1960 la diferencia entre ambos niveles de renta era de 5.351 pesetas, en 1964, primer año del Plan de Desarrollo, resultaba ya de 11.609, para llegar en 1969, a mediados del II Plan de Desarrollo, a las 19.517), constituyen factores que permiten compartir, aunque por otros motivos, la esperanza de Antonio Vargas Heredia. Aunque sólo sea porque, como él muy bien señala, ahora que la luz de la tarde agoniza en las hojas de los árboles de la plaza de la Costa del Sol y la terraza de Pedro's empieza a poblarse de ellas y ellos para todas las necesidades, la esperanza es lo último que se pierde. O, al menos, lo último que debería perderse... ■ F. L. B. Fotos del autor.